De Cuba a Venecia, viaje entre dos islas

From Cuba to Venice, a trip between two islands

*María Lorente Guerra**

DOI 10.54103/criando.200.c345

RESUMEN

Salgo del Mar Caribe, atravieso el Océano Atlántico y llego al Mar Adriático. Un salto de 14 horas y 8540 kilómetros para llegar de Cuba a Venecia. De una isla a otra. Sin embargo, el concepto de “isla” ha mutado en la transición. Lo que en Cuba es concebido culturalmente como aislamiento, reclusión, soledad, en Venecia es visto como sinónimo de belleza, singularidad y bienestar. En este artículo, observo las profundas diferencias entre ambos territorios con respecto a la visión cultural de conceptos como isla, mar, agua o frontera, a partir de mi propia experiencia como estudiante cubana de intercambio en “la ciudad del agua”.

PALABRAS CLAVES

Isla, Cuba, Venecia, frontera, viaje

ABSTRACT

I leave the Caribbean Sea, cross the Atlantic Ocean and reach the Adriatic Sea. A journey of 14 hours and 8540 kilometers to get from Cuba to Venice. From one island to another. However, the concept of “island” has mutated in the transition. Whereas in Cuba “island” is culturally conceived as isolation, confinement, solitude, in Venice it is seen as beauty, uniqueness and well-being. In this article, I observe the profound differences between the two territories regarding the cultural vision of concepts such as island, sea, water or border, based on my own experience as a Cuban exchange student in “the city of water”.

KEY WORDS

Island, Cuba, Venice, Venice, frontier, journey.

* Universidad de las Artes (Isa)
marialorenteguerra@gmail.com

Este artículo pretendía ser un estudio comparando el concepto de isla en Cuba y en Venecia, una revisión de referentes culturales que demostraran la enorme diferencia en las visiones de algo tan objetivo como puede ser un fenómeno geográfico.

La investigación por la parte cubana la tenía clara, con Virgilio Piñera a la cabeza demostraría, a través de un examen del recorrido económico, político y social, por qué en Cuba ser una isla es considerado como una “maldita circunstancia”. Por otro lado, demostraría que en Venecia sucede lo contrario y su condición insular es precisamente el motivo de que, en época medieval y moderna, se acumularan tantas riquezas y de que, en época contemporánea, millones de turistas la visiten cada año y sea una de las fuentes más importantes en la economía italiana.

Sin embargo, ¿quién soy yo para escribir una investigación de ese tipo?, pensé. Ciertamente estoy validada para escribir sobre Cuba, el país en el que nací, resido, estudio, trabajo y padezco. ¿Podía yo, una cubana que había vivido cinco meses en Venecia como estudiante, andar analizando con rigor académico las visiones culturales de los venecianos?

Si hay algo que detesté de mi estancia en el extranjero era esa seguridad de las personas al hablar sobre mi país: personas que nunca han pisado Cuba, queriendo explicarme por qué Cuba era lo mejor o lo peor del mundo. Una especie de *cubansplaining*, pudiera decirse. No quise entonces yo suplantar la voz de los venecianos al hablar de Venecia.

Además, antes que investigadora o académica, soy dramaturga. Escribo historias. Así es como he decidido (mal)ganarme la vida.

Por estos motivos, aquí no encontrarán aquella investigación comparativa con falsos aires académicos y una larga lista de bibliografías. Aquí encontrarán una historia, mi historia, la historia de María, la historia del viaje a Venecia que cambió mi vida.

Es el 3 de febrero de 2022 y yo estoy mirando mi maleta casi vacía en el suelo. No encuentro qué llevar a Venecia, qué ropas, qué aditamentos. Sé que va a hacer frío cuando llegue, pero no sé cómo prepararme para eso. En Cuba sólo hay dos estaciones del año: verano y *verano-light*. Siento que ninguna de las ropas que llevo será de ayuda.

Al problema de la diferencia de climas, se suma la inexistencia en Cuba de algo remotamente parecido a una industria textil. Aquí uno se viste con lo que puede, con lo que le regalan, la ropa

de los padres, de los hermanos, de los amigos emigrados, la ropa comprada a un precio excesivo a quienes viajan y traen para vender. Una ropa que no es tuya, que no puedes escoger, más grande o más chiquita de talla, sin un estilo propio. ¿Estilo? Eso sería demasiado.

Miro mis abrigos, mis enguatadas, el pantalón, los pulóveres, algún que otro vestido, y todo me parece absolutamente viejo, de otro tiempo. Ir a Italia es ir al país de la moda, del diseño. Sentía esa presión sobre mí. Mujer, además.

– No te preocupes – me dice mi mamá – que cuando uno es joven todo le queda bien.

Y me aferro a eso. Cierro la maleta semivacía e inicio el viaje. Soy joven, me digo, y voy a conocer el mundo.

En el aeropuerto todo es fácil. No imaginé que sería tan fácil. Entrego mis documentos, me dan mi pasaje en la mano. Me hacen una foto en una ventanilla y me preguntan para dónde voy. Tengo la sensación de que en algún momento me van a sacar de ahí, de que va a venir un oficial de Aduana y me dirá “usted no puede viajar”, como le hicieron a mi papá en los ‘80 antes de ir a la URSS.

Quizás por eso no me permito ilusiones ni alegrías hasta que el avión no despegua. Una vez arriba, la felicidad explota en mis oídos. Veo a Cuba desde arriba y sonrío. También siento un poco de culpa: ni mis padres ni mis amigos podrán vivir la experiencia conmigo. Estoy sola. Me prometo entonces disfrutar y aprovechar mi tiempo fuera al máximo, exprimir esta oportunidad, abrir los ojos y comerme el mundo.

Llevo siete días aquí y todavía no he visitado Venecia. Estoy rentada en un apartamento en Mestre, fuera de las islas, en lo que los venecianos llaman *tierra firme*.

Ya han pasado dos años desde que empezó la crisis de la COVID-19 y la situación sanitaria está controlada. Sin embargo, Cuba está en una lista de países “no seguros epidemiológicamente” y supuestamente debía permanecer en cuarentena por diez días después de mi llegada.

Lo tomo como un aprendizaje. Todo es nuevo: el transporte, el dichoso Green Pass, los supermercados y sus puertas automáticas, los semáforos, las vías para bicicletas, el internet, usar Google Maps, incluso tuve que aprender a abrir y cerrar las puertas y ventanas de aquí.

Tengo una compañera de cuarto, una *roommate*, Subin Lee. Es surcoreana y habla un inglés perfecto. Cuba y Corea del Sur comparten una habitación en Italia. Dos extremos que se unen en un punto medio en el Mediterráneo. Al principio pensé que no iba a tener mucho en común con ella, pero resulta que a ella también le está costando adaptarse a todo. Mientras que para mí las cosas son muy avanzadas, para ella son como antiguas. Ella viene del futuro y yo vengo del pasado: las dos tenemos que aprender todos los días las cosas más básicas.

Después de siete días, me decido a romper la cuarentena establecida. Me visto de invierno, me pongo mi mascarilla y salgo para la calle. De Mestre a la entrada de Venecia hay unos 10 km de distancia. En Cuba esa es una distancia muy larga, las altas temperaturas, el sol y el muy deficiente sistema de transportación público hacen que cada paso se alargue al extremo. Pero aquí el tranvía cruza fácilmente esos números y atraviesa por encima del mar.

De repente Venecia deja de ser una isla. Estoy encima del mar, veo la entrada, las gaviotas, los mogotes, los otros carros o buses que pasan al costado del mismo puente. Más allá, la línea del tren con nuevos arribos o despedidas. Desde arriba, se ven los aviones. Todos entran o salen. Esto no es una isla.

Son los carnavales en Venecia, llego justo a tiempo a una de las celebraciones y el esplendor me toma por sorpresa. Había visto películas, fotos, documentales, pero en persona es mucho más monumental. Tengo la impresión de estar caminando por un museo vivo.

En Cuba también he sentido esa sensación de estar congelada en el tiempo, pero aquí es diferente, aquí todo está conservado, nada está fuera de lugar, los edificios y estilos encajan con naturalidad, mezcla impresionante entre viejo y nuevo. *Esta es la verdadera modernidad*, pienso.

Las personas visten con lujosos trajes, como salidas de un cuadro del *rococó* al estilo de Fragonard. Brilla el oro, brillan los mármoles, brillan los colores contrastantes de las casas y los vestidos de las personas, y todo ese esplendor se refleja en el agua. Yo no estoy ni remotamente vestida para la ocasión. Mi mascarilla contra la COVID, es mi máscara, mi ropa de invierno, mi disfraz.

Había leído a Bajtín y su estudio sobre el poder de los carnavales en la Edad Media, pero realmente nunca había estado en

uno. En La Habana los carnavales existen, pero esa forma de liberación se traduce allí de forma violenta, por lo que evitaba a toda costa coincidir con esos eventos. La tradición en Cuba se conserva más en algunos pueblos de provincia, y no en la capital.

Aquí puedo sentir de verdad el espíritu de libertad del que hablaba Bajtín en sus libros. Las personas además de estar enmascaradas, están disfrazadas de otra época, alejados del mundo moderno por una noche, pretenden vivir en el pasado y encarnar duques, reyes, marqueses, bufones, saltimbanquis, o personajes de la *comedia dell' arte*.

Siento la libertad del carnaval en mí. Estoy en un lugar nuevo, nadie me conoce, soy invisible. Nadie me juzga. Me libero del peso de las expectativas de mi país natal. Soy otra.

Entrar a Venecia durante el carnaval es como asistir a una representación teatral en tiempo real. Aquí estoy, que empiece la función.

Las primeras semanas, lo admito, no pude despegar mi cabeza del teléfono, como cualquier turista. Tenía que estar pendiente de los mapas y las direcciones. Es muy fácil perderse en Venecia, también muy divertido, pero pronto me aprendí el camino de Piazzale Roma a la sede principal de la Università Ca' Foscari, de Piazzale Roma a San Giobbe, de Piazzale Roma al Palazzo Moro, de Piazzale Roma a San Basilio. Todo empieza y termina en Piazzale Roma para mí. Se cumple aquello de *todos los caminos conducen a Roma*.

No he querido todavía ir a los lugares más concurridos, más turísticos. Siento como que estoy esperando alguien con quien ir. Por ahora, me dejo encantar por la maravilla de los pequeños lugares. Entre el mundo exuberante y turístico de Venecia, encuentro una vida pueblerina y cotidiana: las señoras paseando a sus perritos por Cannaregio al atardecer, los vecinos que se conocen y se saludan de balcón a balcón, las mujeres tendiendo ropa entre dos edificios separados por el agua, la casa abandonada donde adolescentes juegan fútbol o las caminatas de la tarde por Parco Sant' Elena.

En todo ese paisaje cotidiano, estoy yo, boquiabierta. Envidio esa libertad, la belleza de las simples cosas que nunca hice ni vi en La Habana. Los envidio a ellos, que quizás ni saben de la existencia de una isla otra llamada Cuba al otro lado del océano.

Cuando dejo a un lado la angustia de saber por dónde voy caminando, entonces es cuando puedo finalmente disfrutar el paisaje y dejarme sorprender en los estrechos callejones venecianos.

Si me pierdo, descubro lugares, imágenes interesantes. Así fue como di con Tre Archi, mi lugar favorito de escritura. Aunque ocasionalmente soy interrumpida por parejas en romance, desde allí puedo sentarme y poner mis pies a escasos centímetros del agua. Observo el mar ondearse y cambiar de color. Escribo en mi cuaderno y soy feliz con el sonido del mar, un mar distinto al Mar Caribe, el Mar Adriático.

Veo el atardecer y pienso que en seis horas después ese sol llegará a la misma posición en Cuba. *Ese quizás sea el problema de Latinoamérica*, pienso, que recibimos un sol usado, un sol que le dio luz a otros antes que a nosotros.

Curso varias asignaturas en inglés en la Università Ca'Foscari, todas relacionadas de algún modo con el arte y la literatura. No tienen aquí un programa de estudios dedicado directamente a las artes escénicas, pero sí muchas asignaturas que abordan dramaturgias y textos teatrales desde un punto de vista lingüístico.

Aunque las clases son en inglés, las aulas están compuestas en su mayoría por estudiantes italianos, no sé por qué me hice la idea de que podría ser de otro modo. Un poco más jóvenes que yo, con sus laptops, apuntan disciplinadamente lo que dice el profesor. Yo tomo mis notas a mano, y siento que me quedo atrás un poco en la parte tecnológica.

Trato de ser educada, de encajar, no causar molestias a nadie. Aprender todo lo que pueda y pasar desapercibida. No me mezclo mucho con ellos. Al final de la clase algunos se acercan y me hablan en su idioma, piensan que soy italiana también, tengo que decir siempre un *mi dispiace, non parlo italiano* antes de lanzar una frase en inglés. Me apena hacerles hablar otro idioma en su propio país, quizás por eso no me esfuerzo mucho en hacer amistades allí.

Junto a las asignaturas que estoy cursando en la Università Ca'Foscari, empiezo más adelante en un curso de italiano. Además de aprender el idioma, mi intención es conocer a otros estudiantes de intercambio que, como yo, fueran nuevos en la ciudad y no les incomodara hablar en inglés o visitar los lugares más turísticos.

Efectivamente, allí encuentro el grupo perfecto para estar. A partir de ahora, creo que no tendré que visitar sola todos los lugares. Creo que dejaré de ser, al fin, una isla.

Mi grupo de nuevas amistades es muy variado. Hay de todas partes: de México, Estados Unidos, Rusia, Ucrania, Alemania, Francia o Japón. Casi todos hablamos el inglés como segunda lengua, un inglés con acentos. A mitad de una frase alguien se traba, se olvida de una palabra y la dice en su idioma materno, alguien la entiende y la traduce. Me gusta mucho este grupo, esta riqueza de culturas que me rodea. Siento que no viajé de una isla a otra isla, sino de una isla al mundo entero.

Todos se asombran cuando digo que soy de Cuba. Nunca antes habían conocido a alguien de aquí. Algunos hasta ni saben dónde queda. Otros me repiten: *Oh, Cuba, ron, tabaco, Fidel*. Y de algún modo me molesta que resuman mi país tan fácilmente con esos clichés. Pero nadie lo hace por malo, es lo que saben y piensan que me agrada oír. Yo lo entiendo y sonrío. No les voy a tratar de explicar a esa hora las raíces de mi nacionalidad, sería patético.

Con ellos salgo, bebo *spritz select*, el trago típico veneciano, y recorro los lugares más importantes de aquí: la Piazza San Marco, la Catedral, Rialto, el mercado, el Puente de la Accademia, los museos, los palazzos, el cementerio. Llevo una vida internacional y por un momento empiezo a sentirme como una estudiante normal.

Por fin recibo el dinero de la beca Erasmus +, y puedo respirar tranquilamente. Poco a poco, en cada mes de nuestra estancia de estudio, visitamos en grupo otras ciudades de Italia: Milán, Verona, Padua, Florencia y Nápoles. Siempre viajes cortos y económicos.

Yo estoy más interesada en museos y lugares arqueológicos, mientras que la mayoría del grupo está tal vez más enfocados en un turismo gastronómico. Al fin de cuentas, estamos en Italia, el país de la alta cocina. Pero yo no puedo permitirme gastar tanto dinero en restaurantes. Eso nunca se los digo, y omito el detalle de los bajos salarios cubanos y de mi dependencia, casi absoluta, del dinero de la beca. Pongo excusas lógicas – alergias, gustos distintos – y no salgo casi a restaurantes. Me ahorro el dinero que luego necesitaré para pagar la renta, pero aun así me divierto como una más.

Un día uno de ellos me dice que no parezco cubana. No sé si tomarlo como un halago o como un insulto. Obviamente me lo dice para halagarme, pero no se siente bien.

Han pasado ya cuatro meses desde mi llegada. Es junio, y pronto será mi cumpleaños, el primer cumpleaños lejos de mis padres, fuera de Cuba. He ahorrado el dinero de la beca y siento que me va a sobrar algo para llevar de regreso, o comprar antes de irme lo necesario para mí y regalos para mis padres y amigos.

La mayoría de los cubanos cuando viajan al exterior tratan de ahorrar para comprarse las cosas que necesitarán al virar: laptop, nuevo teléfono, ropa, utensilios domésticos, zapatos y todo un arsenal de objetos extremadamente difíciles de conseguir en Cuba.

Sin embargo, yo no quería ahorrar para objetos concretos, sino para viajes, rentas en hostales baratos y entradas a museos o lugares históricos. Más que cosas físicas, yo necesitaba experiencias, recuerdos para llevarme de regreso, la posibilidad de decir con orgullo *yo vi esto, yo hice esto*.

Así que por mi cumpleaños me regalé un viaje a Roma, algo con lo que soñaba desde adolescente. Intento embullar a mi grupo de amigos, pero ya casi todos han estado en Roma. Decido ir sola, reconectar un poco con el espíritu solitario de mis primeras salidas en Venecia.

Roma es más imponente que cualquier cosa que pudiera haber imaginado. Aquí no puedo aplicar mi técnica veneciana de dejarme sorprender y perderme en las calles. Tengo solo cuatro días y quiero verlo todo. Estar todo el día en la calle y atrapar la experiencia.

Lo primero es el Coliseo, luego El Vaticano, el Foro Romano, San Pietro... Y así, una mezcla entre antiguo, renacentista y moderno. Toda la historia mezclada en una sola ciudad. Camino y descubro. Quisiera ir a Ostia, la playa donde murió Pasolini asesinado, pero queda muy lejos y no me da tiempo hacer ese viaje.

A cada cinco pasos me encuentro una iglesia monumental. En Roma una iglesia común es más grande y más imponente que la iglesia más importante de Cuba.

Todo el mundo reza, todo el mundo cree y pone su fe. El ambiente está cargado de fe. Tanto que me contagio. Empiezo a rezar yo también en cada iglesia que me encuentro. Doy las gracias y pido más experiencias como esa.

En una de esas iglesias, en el confesionario, veo que hacen confesiones en distintos idiomas. Decido entrar y confesarme. Empiezo por lo básico y pido perdón por los pecados comunes. El padre oye mi acento y me pregunta de dónde soy. Rompo a llorar. Le cuento que es mi cumpleaños, que estoy lejos de mis padres, y que me siento culpable por haber disfrutado tanto en todos estos meses mientras mis padres estaban en Cuba sorteando miles de problemas cotidianos.

Pienso que me va a imponer una penitencia muy fuerte, tal vez no tenía que haber hablado de nada de eso con un extraño, me equivoqué como siempre. Él no me regaña, me comprende. Me dice que este viaje es un regalo de Dios, y su voluntad era que yo lo disfrutara, que mis padres también quieren mi felicidad y disfruten y se iban a molestar más si no aprovechaba cada segundo en el extranjero.

No creo en Dios, ni en el destino, pero decido confiar en esas palabras. Mi penitencia fue rezar, pedirle a Dios regresar a Italia acompañada de mis padres.

Es el 3 de julio de 2022 y yo estoy mirando mi maleta repleta en el suelo. No encuentro la manera de seguir metiendo cosas dentro. Subin, mi *roomie*, me hace una cena de despedida. Ahora somos hermanas y juramos encontrarnos de nuevo en algún punto del globo terráqueo.

Apenas puedo arrastrar la maleta por el asfalto. Es tanto lo que me llevo...

Antes de entrar al taxi que me lleva al aeropuerto echo una última mirada al Canal Grande. Si sumerjo mi mano en el agua podré tocar también a Cuba, me digo. Tengo que la impresión de que Venecia no es una isla, Venecia es el mundo entero. La isla soy yo.